

María Nieves Quiles del Castillo

EL ESTIGMA SOCIAL
Convivir con la mirada
negativa del otro

ALIANZA EDITORIAL

Imagen de portada: *Mujer en las dunas* (2003), Eve-María Zimmermann
(utilizada con permiso de Marina Zimmermann Quiles).

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© María Nieves Quiles del Castillo, 2019
© del prólogo: José Francisco Morales Domínguez, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-632-4
Depósito Legal: M. 20.858-2019
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA
EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A las mujeres visibles, valientes y valiosas de mi vida.
A mi madre, que me dio la oportunidad de elegir. A mi
hija, principio y fin de todas las cosas. A mis amigas, la
sal de la vida.*

A la memoria de mi padre.

*A todas aquellas personas «diferentes» que reivin-
dican su lugar en el mundo.*

*A los profesionales, colectivos, organismos e institu-
ciones que trabajan por un mundo tolerante y respetuoso
con la diversidad.*

ÍNDICE

PRÓLOGO, por José Francisco Morales Domínguez	11
INTRODUCCIÓN.....	17
1. RELACIONES ENTRE GRUPOS PRIVILEGIADOS Y GRUPOS EN DESVENTAJA SOCIAL.....	21
Construyendo el significado social de la diferencia.....	21
Grupos sociales.....	26
Diferencias sociales y desigualdad	30
Grupos dominantes, grupos dominados	33
2. ¿QUÉ ES EL ESTIGMA?.....	41
Cuando la diferencia se convierte en inferioridad.....	41
¿Estigma o estigmas?.....	47
Dimensiones de marginalidad.....	50
Cuando <i>ellos</i> son menos humanos que <i>nosotros</i>	59
3. EL ESTIGMA Y SUS ANÁLOGOS.....	67
Estigma y prejuicio: ¿mismo perro con distinto collar?.....	67
Estigma: ¿algo más que discriminación?.....	69
Estigma y exclusión social.....	72
¿Estigma o estigmatización?.....	76
Estigma y otros procesos psicosociales.....	81

10 EL ESTIGMA SOCIAL

4. EL SIGNIFICADO DEL ESTIGMA PARA QUIEN LO LLEVA.....	85
Autoestigma	87
Consciencia del estigma.....	90
Devaluación e identidad	92
Los efectos de la estigmatización.....	94
Efectos sobre el autoconcepto y la autoestima	95
Estrategias de afrontamiento	99
5. VIEJOS Y NUEVOS ESTIGMAS.....	105
El estigma de la enfermedad mental.....	105
¿Enfermedad mental igual a peligrosidad?.....	107
¿Soy como me ves? La internalización del estigma de la enfermedad mental ...	109
Consecuencias del descrédito y la devaluación	111
Combatiendo el estigma: el empoderamiento	114
El estigma de la obesidad	115
La obesidad: ¿percepción de apariencia o miedo al contagio?	118
La obesidad en los medios de comunicación	121
Más allá de la salud: consecuencias psicosociales de la obesidad	124
Obesidad y género.....	125
6. EL ESTIGMA EN NIÑOS Y ADOLESCENTES	131
El estereotipo de la gordura	133
El género y el peso ideal.....	135
El impacto del estigma de la obesidad en la niñez y la adolescencia.....	138
Obesidad y <i>bullying</i>	141
El estigma de la superdotación.....	143
¿Qué se entiende por superdotación?	144
El estereotipo de la superdotación.....	146
Cuando la excelencia se convierte en inferioridad	148
¿Cómo promover el apoyo social y emocional?	149
¿Cómo intervenir?	152
7. ALGUNAS RESPUESTAS Y UNA NOTA DE ESPERANZA.....	157
Introducción general	157
¿Es la estigmatización un proceso universal?	158
¿Por qué se estigmatiza?	161
¿Por qué unos grupos y no otros? El estigma moral.....	163
Nuevas perspectivas teóricas.....	166
Estigma y neurociencia.....	168
¿Se puede combatir el estigma socialmente?	170
A modo de conclusión.....	171
REFERENCIAS.....	175
ARTÍCULOS Y LEYES	199
AGRADECIMIENTOS	203

PRÓLOGO

Los «derechos humanos básicos» han obtenido un reconocimiento paulatino a lo largo de la historia. Pero como señalan Emler y Reicher, «su protección [...] ni es total ni se aplica a todos por igual» (2005, pp. 211-213). En la actualidad, dentro de todas las sociedades sigue habiendo exclusión y grandes diferencias entre sus miembros con respecto al trato que se les dispensa.

En esa «esfera de la exclusión social», si se me permite la expresión, el proceso de estigmatización ocupa un lugar destacado. Se incluye en ella por su misma naturaleza exclusionista, pero hay que considerar igualmente su gran amplitud. La estigmatización, y así lo muestra este libro de manera clara, apunta a una amplia gama de relaciones presentes en cualquier sociedad. Bajo el término «estigma» se agrupa un nutrido y variado conjunto de «ejemplares» que abarca desde «enfermedad mental, sobrepeso, VIH, hasta profesiones que implican una vertiente moral como la prostitución»¹.

El carácter exclusionista de la estigmatización se manifiesta en la forma habitual de referirse a la persona estigmatizada como

¹ Cfr. *infra*. p. 47.

«portadora» de estigma. Ambos términos, es decir, «estigma» y «portador», suelen utilizarse conjuntamente. Y esta asociación, rigurosamente espuria, sugiere algo más que la simple constatación de que la persona está marcada con un sello que la descalifica y la minusvalora ante las demás. Sugiere y da a entender que la descalificación surge de algo propio de la persona, algo que esta posee, que se manifiesta y hace visible exteriormente ante los demás. Es decir, la asociación «estigma-portador» responde a un modelo de dentro hacia fuera según el cual el sello que marca a la persona es intrínseco, inmutable e inescapable.

El discurso cotidiano, más que en los aspectos negativos de la estigmatización, más que en la virtualidad descalificadora y desacreditante de ese sello y marca considerados indeseables por la sociedad, pone el énfasis en que la marca es algo que posee la persona estigmatizada. Este elemento subyacente en el discurso entra en contradicción con la experiencia cotidiana y lo hace internamente inconsistente. Se ha visto en numerosos estudios que cambios culturales pueden convertir lo que, en un momento concreto, se considera estigmatizante, en algo que deja de serlo en un momento posterior. Un buen ejemplo lo proporcionan Herek, Capitano y Widaman (2002) que, al estudiar la evolución del estigma VIH en Estados Unidos, constatan una importante disminución de su intensidad a lo largo de un periodo de diez años. Evidencia similar aportan otros estudios con respecto a la pérdida de intensidad de estigmas diferentes, como el de la homosexualidad o el síndrome de Down en los países occidentales.

Por tanto, es claro que el estigma de los afectados por VIH en la primera época a la que se refiere el estudio de Herek *et al.* produjo una exclusión extrema y acarrió para esas personas las conocidas consecuencias devastadoras de todo estigma. Pero no está claro que se pueda calificar a esas personas como «portadoras» del estigma. Sería más correcto decir que fueron quienes las estigmatizaban las que eran, si es lícita la expresión, «exportadoras» del estigma. Es decir, el modelo no es de dentro hacia afuera, sino a la inversa. El sello no es propio del estigmatizado, sino que está en manos de

los estigmatizadores. En el discurso dominante no se explicita la razón de la diferencia entre el mal llamado «portador» y el que, si se admite mi sugerencia, es correctamente denominado «exportador» del estigma. Como se señala en una sección del libro, esta llamativa «disparidad [...] está ligada al poder»².

Y a explicar esta disparidad es a lo que se dedica eficazmente el libro que tengo el honor de prologar. Su autora, María Nieves Quiles del Castillo, tiene un largo historial de estudios sobre los asuntos relacionados, específicamente, con la discriminación y la exclusión, con la exageración de las diferencias sociales, con la desigualdad y, más en general, con todo lo que tiene que ver con la construcción social del otro y los diferentes contextos en los que esta se produce (véase Quiles, 2008 y 2009). Una gran coherencia interna caracteriza su línea de trabajo, en la que el mantenimiento del foco sobre asuntos de gran calado social se combina con una atención a la validez de la metodología utilizada en su estudio. En su conversación con Amparo Moreno hacía hincapié en estos dos polos del trabajo del psicólogo social. Afirmaba, por una parte, que «esta construcción social del otro como un ser desigual nos lleva a creer que es así en realidad y la aprendemos y perpetuamos...». Y completaba lo anterior con esta otra afirmación: «La investigación básica se interesa por problemas sociales, aunque lo hace centrándose en los mecanismos específicos subyacentes...» (Moreno, 2009, pp. 271-272).

De una forma ordenada, los capítulos de este libro sitúan al lector ante los diversos aspectos del estigma que encierran interés psicosocial, es decir, aquellos que constituyen esa forma peculiar en que el estigma constituye y define la relación que se establece entre los miembros de una sociedad. El libro se abre con una discusión sobre los grupos sociales, lo que ya sugiere que el estigma no opera en un vacío social, sino que va pegado a la piel de las relaciones más estrechas de las personas (Capítulo 1), para pasar luego a la exposición de en qué consiste el estigma y cuáles son sus diferencias con

² Cfr. *infra*. p. 76.

otros conceptos aparentemente similares usados en psicología social (Capítulos 2 y 3). Las consecuencias para la persona estigmatizada, de haber sido marcada con el sello del estigma, se analizan en el Capítulo 4, que se ha de considerar como el eje central del libro, en la medida en que recoge los planteamientos de los capítulos anteriores y facilita al lector la comprensión de los capítulos siguientes. Los Capítulos 5 y 6 presentan con mayor detalle y profundidad estigmas concretos, tanto los más conocidos, como obesidad y enfermedad mental, como otros de los que no cabría esperar estigmatización, como la superdotación.

El libro es de interés para los científicos sociales, ya que muestra la potencia de la psicología social para abordar una cuestión que constituye uno de los nudos gordianos de las relaciones entre personas, de una manera especial en las sociedades que, mientras se consideran a sí mismas democráticas, alimentan impasibles desigualdades abismales entre sus miembros. Hay en el libro información actualizada sobre los estudios más relevantes en este terreno, sazónada por ideas desarrolladas por la autora en sus numerosos trabajos, llenos de creatividad y hallazgos.

Pero el interés del libro alcanza a cualquier persona a la que preocupe la forma en que se relacionan entre sí los seres humanos y lleva a una reflexión sobre esa paradoja en torno a la que ha elaborado su trabajo el filósofo Gabriel Bello, con quien la autora ha colaborado estrechamente: cómo se construye el otro. Considero obligado recurrir a una cita de este autor para cerrar el prólogo: el «sujeto moral es [...] libre, porque el yo puede elegir abrirse al otro y escuchar su mandato u optar por la ignorancia activa, la violencia o aniquilación simbólicas como en las conductas xenófobas o racistas» (1997, p. 128). Me permito invitar al lector a profundizar en este dilema con la ayuda de los capítulos de este libro.

José Francisco Morales Domínguez
UNED

Referencias

- Bello Reguera, G. (1997). *La construcción ética del otro*, Oviedo: Nobel.
- Emler, N. y Reicher, S. (2005). «Delinquency: Cause or Consequence of Social Exclusion?». En D. Abrams, M. A. Hogg y J. M. Marques (eds.). *The Social Psychology of Inclusion and Exclusion* (pp. 211-241). Nueva York: Psychology Press.
- Herek, G. M., Capitanio, J. P. y Widaman, K. F. (2002). «HIV-Related Stigma and Knowledge in the United States: Prevalence and Trends, 1991-1999», *American Journal of Public Health*, 92, 3, pp. 371-376. <http://www.ajph.org/cgi/reprint/92/3/371>
- Quiles, M. N. y Morera M. D. (2008). «El estigma social: la diferencia que nos hace inferiores». En J. F. Morales, Carmen Huici, Elena Gaviria y Ángel Gómez (coords.). *Método, teoría e investigación en Psicología Social*, Madrid: Pearson Prentice Hall, pp. 377-400.
- Quiles, M. N. (2009). «Conversación con Amparo Moreno». En A. Moreno (ed.), *Las psicólogas hablan de psicología*, Madrid: La Catarata, pp. 260-277.

INTRODUCCIÓN

El término *síndrome de hospitalismo* fue introducido por Spitz en 1940 para designar el conjunto de trastornos que aparece en niños pequeños (de seis a dieciocho meses) cuando son separados de sus madres e internados en una institución (orfanato, hospital, etc.). Posteriormente, la teoría del apego elaborada por Bowlby (1969) explica cómo el desarrollo de vínculos afectivos cumple una función adaptativa, esencial para la supervivencia, al proporcionar una base segura para explorar, un refugio ante las amenazas y la búsqueda de proximidad. La importancia de estos vínculos queda de manifiesto ante el dolor de la separación. No hay más que observar las emociones que afloran en las despedidas en los aeropuertos o estaciones de tren y, en sentido contrario, la alegría y felicidad en las llegadas de pasajeros para comprender el importante papel que cumplen los otros en nuestro bienestar. Cuando se le pregunta a la gente por las cosas más valiosas en su vida, con independencia de pertenecer a una cultura individualista o colectivista, sitúan en los primeros lugares sus relaciones con los demás.

Estas y otras evidencias dejan claro que somos seres sociales, seres gregarios. Que desde que nacemos hasta que morimos nues-

tra vida está vinculada a otras personas. La pertenencia a grupos nos proporciona, además de compañía y reconocimiento, el sentido de quiénes somos. Cuando el grupo al que pertenecemos es devaluado socialmente, nuestra identidad se resiente. Hasta principios de los noventa del pasado siglo se daba por sentado que la única respuesta posible ante el descrédito era la conformidad con el punto de vista de la mayoría; sin embargo, hay otras respuestas posibles que salvaguardan la autoestima y contribuyen a mejorar el bienestar físico y mental de los miembros de los grupos estigmatizados.

Este libro persigue ofrecer una visión general del estigma y sus consecuencias. En el primer capítulo, a partir de las relaciones entre grupos privilegiados y grupos en desventaja social, se analiza el escenario en el que se construye la desigualdad y la *normalidad*. En el segundo y tercer capítulo se intenta responder a una pregunta engañosamente fácil: ¿qué es el estigma? Manzo (2004) lo describe claramente como un concepto «infradefinido y sobreutilizado». En el capítulo dos, nos adentramos en el significado del estigma, su naturaleza, dimensiones y tipologías. En el tercer capítulo, el esfuerzo se centra en clarificar las semejanzas y diferencias del concepto con otros análogos como el prejuicio, la discriminación o la exclusión social. El cuarto capítulo explora el significado del estigma para quien lo sufre, a través de los procesos de internalización y autoconciencia y los efectos sobre la identidad. Se cierra el capítulo con algunas de las estrategias que se utilizan para enfrentar el estigma y sus consecuencias negativas en distintos ámbitos de la vida cotidiana. En el quinto capítulo, con el foco en el estigma de la enfermedad mental (presente en el origen del concepto y actualmente reavivado en distintos países y culturas) y en el estigma de la obesidad (un problema económico y social en los países desarrollados y en el planeta, en general, según la Organización Mundial de la Salud, OMS), se recogen, de forma aplicada, algunos de los contenidos teóricos tratados anteriormente. En el sexto capítulo se analiza el estigma a los ojos de los niños y los adolescentes. Tanto desde el punto de vista de aquellos que, desde la *normalidad*, estig-

matizan a los *desiguales*, como desde la perspectiva del desigual. La forma en que nos socializamos determina, en gran medida, la manera en que interpretamos y le damos significado al mundo social. El séptimo y último capítulo responde a algunas cuestiones básicas: teóricas, metodológicas y de intervención social. Se cierra el libro con un apartado de conclusiones generales.

1. RELACIONES ENTRE GRUPOS PRIVILEGIADOS Y GRUPOS EN DESVENTAJA SOCIAL

Construyendo el significado social de la diferencia

Nuestro sentido de quiénes somos y de quién es el otro deriva de nuestra experiencia con los demás. Cada uno construye al otro en el seno de las relaciones. Esta construcción es de naturaleza psicosocial, esto es, va más allá de las circunstancias objetivas. De hecho, puede basarse en información individual o categorial. Lo que implica que atendemos a la conducta de la persona y/o sus rasgos o a su pertenencia grupal, despertando en la memoria representaciones de la categoría que tienen efectos sobre los juicios relacionados con la misma. Cuando nos formamos impresiones de los demás podemos recurrir a ambos tipos de información o puede prevalecer una sobre la otra, en función del objetivo que persiga la interacción.

La cognición social es la parte de la psicología social que se centra en las relaciones dinámicas entre los procesos cognitivos y las relaciones sociales. Por un lado, en la influencia que tiene lo que

pensamos y la impresión que nos formamos de otras personas en nuestros sentimientos y conductas y, por otro, en cómo las experiencias de interacciones previas influyen en los pensamientos y conductas. Esta relación dinámica ocurre en un contexto temporal y cultural, que le da sentido al mundo social en el que transcurre la vida cotidiana.

Las primeras impresiones y los juicios que emitimos sobre los otros determinan, en gran medida, las oportunidades para la interacción social. Por eso, la gente trata de mostrar lo mejor de sí misma para ser valorada y aceptada por los demás. Sin embargo, no siempre es posible. Algunas de las diferencias observables a primera vista pueden facilitar o dificultar las relaciones con los otros. No todas las diferencias son igual de relevantes. Por ejemplo, el color de ojos no tiene el mismo significado social que el color de piel. Este último dato permite incluir a la persona en una categoría social determinada (blanca, negra, gitana) que nos lleva a clasificarla como *normal* o *desviada*. Como un igual que forma parte de mi grupo (endogrupo) o diferente de mí y los míos (exogrupo).

La categorización permite a las personas clasificar los estímulos de su entorno con el objetivo de hacer más manejable el mundo perceptivo. En el caso concreto de los seres humanos, se hace formando grupos sociales. Esta forma de clasificación social lleva a percibir a las personas como miembros de grupos sociales y no tanto como individuos. Esto ocurre especialmente con las llamadas categorías primarias, como el género, la edad o la etnia (Fiske y Taylor, 1991). Saber que un individuo es miembro de un grupo nos indica que comparte características con los miembros de ese grupo, aun cuando estas no sean inmediatamente obvias. Nos permite centrarnos en lo relevante (la clase social, el sexo, la etnia), sin necesidad de tener en cuenta la información secundaria (p. e., el color del abrigo). La categorización social reduce el esfuerzo al evitar tener presente toda la información sobre ese individuo y tiene un doble propósito: 1) aporta información útil que no puede ser percibida inmediatamente y 2) permite ignorar información innecesaria. Ante una persona desconocida, de manera inmediata, la

incorporamos a la categoría correspondiente y empezamos a tratarla de acuerdo con las creencias y expectativas asociadas a la misma. Por ejemplo, hay una tendencia generalizada a hablar a los ancianos en un lenguaje que los infantiliza, que cuestiona su capacidad de comprensión.

Entre las ventajas cognitivas está organizar en el cerebro la información, recuperarla con mayor rapidez o favorecer el ahorro cognitivo y, entre sus desventajas, considerar las diferencias entre grupos como biológicas más que como construcciones sociales (Mahalingam, 2007). Esto implica considerarlas permanentes e inalterables. Si las creencias de que las mujeres son maternales o que los homosexuales son promiscuos van unidas a la convicción de que se trata de tendencias determinadas genéticamente, resultará imposible cambiarlas, cuando realmente lo que muestran tales creencias es una interpretación de las diferencias biológicas socialmente construidas (Wilkins, Molbron y Bó, 2015). El esencialismo es la creencia de que las personas *son lo que son* por naturaleza y lleva implícita la certeza de que existen diferencias en su grado de humanidad. Le proporciona un carácter de realidad o verdad subyacente. Mantener esta creencia supone negar el carácter arbitrario y artificial de las diferencias entre los grupos sociales y defender que los miembros de cada uno de ellos tienen una esencia común que los iguala. Esta negación del carácter arbitrario de las diferencias se ve reforzado por el etnocentrismo o la creencia de que el propio grupo es superior a otros en una variedad de dimensiones (Leyens, Demoulin, Vaes, Gaunt y Paladino, 2007).

El libro *The Bell Curve*, publicado en 1994, mantenía, bajo planteamientos pseudocientíficos, una menor inteligencia de los afroamericanos (medida a través de tests de inteligencia general estandarizados) frente a otros grupos raciales. En opinión de los autores (Hernstein y Murray, 1994), la baja capacidad cognitiva no se puede resolver con la intervención de ayudas sociales, por lo que era inútil invertir en ayudas educacionales dirigidas a las minorías. Para ellos, el entorno o la educación eran secundarios. Estos argumentos han sido desmentidos en distintas investigaciones que re-

fuerzan el valor de la intervención y el apoyo educativo para lograr mejoras escolares entre las minorías desfavorecidas, de la misma manera que se cuestiona la validez universal de las medidas de inteligencia estandarizadas.

Desde esta perspectiva, para explicar las diferencias grupales se utilizan factores biológicos o internos, no sociales o externos. Los factores sociales hacen referencia a aspectos como la socialización o las oportunidades y pueden ser reversibles y modificables. Los factores biológicos aluden a la genética o al funcionamiento hormonal y se perciben como estables (Estrada, Yzerbyt y Seron, 2004). La predilección por los factores biológicos para explicar las diferencias grupales va en consonancia con el *esencialismo psicológico*. Desde este enfoque, cada grupo social se caracteriza por una esencia subyacente. Creer esto permite hacer inferencias desde la información superficial (p. e., etnia, edad, género, obesidad) a aspectos más profundos (p. e., honestidad, moralidad, valores). Este poder inductivo, junto con la inalterabilidad de la categoría, supone dos de las consecuencias principales del esencialismo psicológico y contribuyen a perpetuar los estereotipos, el prejuicio, la discriminación y la estigmatización. A partir de dos estudios (Estrada, Yzerbyt y Seron, 2004) se comprueba, por un lado, que las personas que sostienen creencias esencialistas perciben a los grupos sociales dotados de características exclusivas, constituyendo entidades estables con carácter inductivo, basados en esencias distintas. Y, por otro, que el uso diferencial del factor biológico se emplea para explicar las diferencias intergrupales, pero no las diferencias intragrupalas.

No solamente los adultos mantienen este tipo de explicaciones. Algunos autores sostienen que el esencialismo es un sesgo cognitivo temprano relacionado con su tendencia a la búsqueda de lo oculto. Susan Gelman es una destacada investigadora en el campo del desarrollo cognitivo de los niños, que sostiene que los niños pequeños tienen un sesgo esencialista en su razonamiento ya que creen que las entidades poseen cierta realidad subyacente no observable, que establecen a partir de las semejanzas observables entre los miembros de su categoría.

Gran parte de la investigación sobre el desarrollo cognitivo de los niños mantiene que estos comienzan a aprender sobre su mundo observando las características físicas obvias antes de entender los rasgos y atributos psicológicos. Así, en su descubrimiento del mundo físico y social, los niños pasan del desarrollo de una perspectiva perceptual a una perspectiva conceptual, desde la observación de lo concreto a lo abstracto inobservable, de la superficie a la profundidad.

En opinión de Gelman (2003), sin embargo, los niños a edades tempranas son capaces de ir más allá de la superficie y descubrir qué características perceptuales pueden enmascarar cualidades más abstractas de los objetos. Y más aún, que los niños tiendan a utilizar señales superficiales o esencias depende de la situación, particularmente de la naturaleza de la tarea y de la categoría en cuestión. Más que defender que los conceptos perceptuales conducen necesariamente al esencialismo, defiende que ambos tipos de pensamiento se utilizan desde el principio y están entrelazados durante el desarrollo.

Esto supone que los bebés y niños en edad preescolar tienen mucha más competencia cognitiva de lo que Piaget pensó. El pensamiento esencialista es un ejemplo más reciente de pensamiento aparentemente precoz de los preescolares. Los niños en edad preescolar parecen construir teorías ingenuas que ofrecen una visión causal-explicativa del mundo. Aun sin saber qué significa la esencia, asumen que hay una. El esencialismo sería más una propiedad de la mente humana que una propiedad del mundo real. Según Gelman, los niños son capaces de distinguir la apariencia de la realidad, de buscar causas, de observar correlaciones y de comprender las etiquetas que emplean los adultos o de generar palabras absurdas para denominarlas. En cualquier caso, desde la edad preescolar son capaces de dar prioridad a la clasificación categorial para hacer inferencias acerca de las propiedades de las entidades recién descubiertas.

La clave del esencialismo podría residir en el hecho de que los niños pequeños piensen como adultos, en su capacidad para cons-